

# CONECTADOS

S. M. AFONSO





## CONECTADOS

—Trilogía—

S.M. AFONSO

**S.M.**

Copyright © 2015 por S.M. Afonso Todos los derechos reservados.

Publicado en España por S.M. Afonso

[www.autora-sm-afonso.com](http://www.autora-sm-afonso.com) S.M. Afonso Libros

ISBN 000-0-0000-0000-0 eISBN 000-0-0000-0000-0

Todo es ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del escritor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, eventos o lugares son completamente coincidencia

Editado por AJ. García.

Ilustraciones por Fotolia

Diseño de Portada por AJ. García.

Maquetado por AJ. García.

Bubok Publishing S.L. 2015

2ª Edición

## SINOPSIS

*Tenían en común un pasado y un presente solitario e inaccesible...*

La amistad entre Alejandra y Valen, había llegado inesperada, fortuita. Con los meses había crecido en profundidad y en la actualidad, sus encuentros cada fin de semana, ya no eran suficientes.

Ale tan dulce como obstinada se había instado, sin querer, en la mente del despiadado y reverenciado por muchos: Valen Lemacks. Emocionalmente encerrado en sí mismo, aseguraban que tenía el corazón de piedra, algo totalmente cierto, salvo por una excepción, su amiga.

A pesar de sus reticencias para entablar cualquier tipo de vínculo emocional entre ellos, más allá de una inocente amistad para Val, ella era la recompensa que no esperaba por todos y cada uno de los años de cruel agravio. Había llegado para sanar con amorosa sinceridad las heridas aún sin cicatrizar y por ello, cuando la sombra de una equivocada decisión se cernió sobre la joven reclamando su degenerada compensación, él la mantendría a salvo, y sobre todo, egoístamente a su lado. Pese a su reprobación, la sometería a su voluntad.

## DEDICATORIA

Este libro está humilde y muy especialmente dedicado a todas esas personas que como mi personaje femenino, Alejandra, sufren acoso escolar o sienten que son invisibles o no encajan en un mundo plagado de abejas reinas. También para los que como mi personaje masculino, Valen, padecen el maltrato físico y psicológico por parte de gente inhumana que no merece vuestra comprensión ni vuestro silencio encubridor. A todos ellos, RECORDAD:

*«Por muy larga que sea la tormenta, el sol siempre vuelve a brillar entre las nubes».* —Khalil Gibran—

No puedo olvidarme de mi amiga y hermana «bruja», Joseline Anaïs García Valcárcel. Un gigantesco GRACIAS. Gracias por entregarme tu tiempo, tu trabajo, tu toque de amita y sobretodo, gracias por aceptarme con mis rarezas, mis ironías y con todos mis defectos.

Y por último, gracias a mis lectores y familia. Sois parte fundamental en mi vida.

# ÍNDICE

[Conectados](#)

[Capítulo 01](#)

[Capítulo 02](#)

[Capítulo 03](#)

[Capítulo 04](#)

[Capítulo 05](#)

[Capítulo 06](#)

[Capítulo 07](#)

[Capítulo 08](#)

[Capítulo 09](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Publicidad](#)

## CAPÍTULO 01

La luz de esa mañana invernal, en pleno diciembre, formaba un resplandor hermoso en la piel clara e impoluta de la muchacha, que centrada en realizar bien su trabajo, permanecía ajena a cualquier cosa que sucediera a su alrededor... O a casi todo.

Enfrascada en el rompecabezas de dilemas familiares le pareció escuchar de fondo el rumor de una voz familiar.

—Ale, déjalo ya.

Inclinada, siguió removiendo la tierra donde plantaría algunas semillas que, junto con algunos cuidados, ayudarían a sus plantas a sobrellevar esa época del año mucho mejor.

—¡Alejandra! —Clamó más fuerte la voz—. ¿Es que no me escuchas?

Ale parpadeó, confundida, y miró a su izquierda, hacia la mujer que tenía a su lado y que le echaba una mano en esa tarea de jardinería. Idaira, su cuñada.

—Sí, Ida, sí que te escucho. Pero no sé a qué te refieres con «déjalo ya».

—Sabes que adoro esa parte obstinada que tienes. Es verdad que para muchos puedes, en ocasiones, resultar cansina; pero yo lo veo como una característica positiva de tu personalidad.

Se quitó los guantes de trabajo y resopló antes de seguir con su... ¿sermón?

Era difícil averiguarlo. Idaira era risueña, alocada y bastante sociable. Decir que todo aquello se trataba de una regañina era algo inviable, una especie de acertijo, y más cuando su rostro amable no mostraba más que afecto y preocupación.

Acercó al hombro de su cuñada una mano amiga y continuó:

—Cuando se te mete algo entre ceja y ceja eres muy insistente, pero en esta ocasión me gustaría que no fueras tan terca. Déjalo estar de una vez por todas, mi pequeña cabezota. —Le sonrió con ternura.

Alejandra no apartó la mirada de esos ojos marrón—verdosos, siempre tan fraternales.

Vale, que esa mujer pudiera resultar en ocasiones, demasiadas, disparatada en su verborrea, pero conocía a la perfección el significado de palabras como amor, lealtad o la confianza. Y, sencillamente, hoy en día poseer todos estos valores era como una especie de prodigio, algo sobrenatural, y ella... Bueno, ella debía ser de otro planeta, porque aun sabiendo todo eso le gustaba; necesitaba creer, que Idaira no era la única en atesorar dichos valores.

—No puedo hacer eso. No puedo mirar hacia otro lado y fingir que no pasa nada.

—¡Sí que puedes! —La interrumpió su cuñada—. Cuéntame una cosa, ¿cuántos días llevas intentando que te den algún tipo de información sobre Celia en esa empresa de Londres? —Arqueó una ceja y su gesto indicaba que era imposible colarle alguna mentirijilla, por muy piadosa que fuese—. ¿Cuántos, Ale?

Para evitar tener que reconocer aquella verdad, interrumpió el contacto visual y volvió a su faena con las flores. Al menos así no tendría que enfrentarse al análisis al que la estaba sometiendo su cuñada, observando todas y cada una de sus reacciones.

—Eso no importa, Ida. Hasta el momento no he tenido suerte, ¿y qué? Ni siquiera puedo enfadarme con las personas que amablemente contestan mis llamadas porque solo cumplen órdenes y las normas de la empresa. Por lo visto, su jefe es totalmente inflexible y un ogro refunfuñón adicto al trabajo —razonó ella, fatigada por los acontecimientos—. Estoy insistiendo para hablar directamente con él, pero es difícil. Parece ser un hombre bastante ocupado.

Pero claro que hablaría con ese señor. Más tarde o más temprano, pero lo haría. Si sus empleados no podían darle ningún tipo de información, entonces lo haría él.

—Sí, debe ser el típico madurito viejo verde amargado de la vida, absorbido por el trabajo y los líos de faldas —resolvió su hermana política, jugueteando con unas piedritas en actitud pensativa.

Conociéndola, las teorías conspiratorias se quedarían cortas en comparación con sus planteamientos.

—Tú como siempre, Ida, calando a las personas, ¿eh? —Alejandra puso los ojos en blanco.

—Ajá, creo que es como una especie de don divino. — Sus ojos resplandecieron animados.

—Me atormenta verte retraída. Tampoco es que seas una especie de loca viva—*la—vida*, pero como sé que no renunciarás a esa idea delirante de comunicarte con el viejo verde, te daré algunos consejillos. —Chasqueó los dedos con gesto de *brillante solución*.

¡*Allá vamos!*, vaticinó Alejandra, interrumpiendo su trabajo y prestando atención a su entusiasmada cuñada.

—¿En serio? ¿Me vas a aconsejar sobre cómo amordazar y maniatar a un pobre ancianito?

—¡Sí, estás de suerte! —Parecía una chiquilla la mañana de Navidad antes de abrir su primer regalo—. Aunque en realidad te voy a enseñar cómo seducir a un *Tutankamón*.

Ocultando una sonrisa, Ale se encogió de hombros y asintió:

—Sí, soy muy afortunada por escuchar tus *consejos y resucitar* momias de sus sarcófagos.

—¡Exacto! —Se amoldó en su asiento en el suelo, lista para iniciar su *asesoramiento*—. Ahora, abre bien los oídos y memoriza cada una de mis palabras, cuñis.

Alejandra siguió el ejemplo de su efusiva amiga y se quitó también los guantes, dejándolos a su vera. Inspiró hondo y la animó, tolerante.

—Sorpréndeme.

—Lo primero, tenemos claro que el presidente, amo y señor de dicha empresa es un *Tutankamón* hombre, ¿verdad? —aceptó, con el ceño fruncido.

—Eso parece. A no ser que consideres que Valen Lemacks sea un nombre femenino y que sus empleados tengan una seria desorientación entre lo que podría ser un hombre o una mujer —observó Ale, divertida.

Idaira la miró con semblante interrogante.

—¿Qué?

Poniendo los ojos en blanco nuevamente, Alejandra aclaró, burlándose:

—Me refiero a que se dirigen al susodicho o susodicha como *faraón* Lemacks, no como *faraona* Lemacks.

Una vez solucionado el primer dilema, Idaira rió de forma estridente antes, cómo no, de seguir con su faceta de asesora.

—Ah, bueno, a lo que íbamos... Como te decía antes, apostarí a que se trata de un abuelito que se niega a reconocer que sus días de mandato han terminado y lo mejor que puede hacer es dejar paso a las nuevas generaciones y dedicarse, de aquí en adelante, a viajar con el *IMSERO* y a tomar sol en algún lugar cálido, como aquí, en Canarias. Si le quedan ganas y el cuerpo le aguanta, intentar coquetear con alguna jovencita para evidenciar que sus días de *play-boy* y en el poder habrán llegado a su fin, pero que aún goza de marcha en el *body* para seguir siendo el terror de las nenas. Supongo que así habrá sido durante toda su vida, porque no nos engañemos, Ale, con dinero, éxito y fama hasta el más feo se convierte en un príncipe. Sí, lo sé, la vida es así de enrevesada, de injusta...

¿Es que no le faltaba nunca el aire?, pensó Alejandra, haciendo una mueca.

—¿Has aprendido todo esto leyendo la *Cuore* ?

—¡Me encanta esa revista! Pero no, la de esta semana explicaba cómo deshacernos de ex novios llorones. ¡Así

que chitón! Centrémonos en nuestro plan. —Su gesto pasó de golpe a dibujarse concentrado—. Después de tener claro todo esto...

—No, no lo tenemos claro. No creo que tus visiones paranormales sean fiables cien por cien —negó Ale, guardándose una vez más las ganas de romper en una risotada.

—¡Alejandra! —la reprendió.

—De acuerdo, ya me callo. Continúa.

Ale, cerrando los ojos, levantó la cabeza en dirección al cielo, despejado esa mañana. Los rayos de sol daban un matiz más claro a su cabello castaño oscuro, enrollado en una coleta para mayor comodidad.

Solo a ella le pasaba eso de terminar en conversaciones cada vez más inverosímiles. Debía ser *karma*.

Suspiró reconociendo que, en realidad, disfrutaba de esa parte *singular* de su cuñada y que la hacía única. Especial.

La cual, por otro lado, continuaba con lo suyo:

—Una vez que sabemos todo esto, sabes lo que tienes que hacer, ¿cierto? —Parecía que iba a estallar con tanto entusiasmo.

—Pues no, no sé lo que tengo que hacer. ¿Algo para no acabar en la cárcel? —respondió con una mueca que reflejaba con claridad: *prepárate—para—lo—que—va—a—salir—por—esa—boquita*.

—Cárcel, dice. ¡Exagerada! ¿Y qué más se podría hacer en estos casos? —interpeló, incrédula, como si fuera algo bastante obvio—. ¿Pues qué va a ser? ¡Flirtear! —finalizó, en forma de gran resolución.

Agrandando los enormes ojos de color marrón almendra, que parecían colarse sin permiso en las almas de las personas, Alejandra la miró sorprendida, pasmada.

—¿Flirtear? ¿Me estás hablando en serio? Tienes razón, no terminaré en prisión, ¡sino en un psiquiátrico como siga escuchándote!

—¿Quieres o no que *Tutankamón* te dé respuestas? —preguntó Idaira, irrefutable, entrecerrando los párpados.

—Sí, pero...

—¡Pero si se trata tan solo de seducirlo por teléfono, Ale! —recalcó su cuñada, cortando cualquier tipo de posible debate—. Y en cuanto tengas la información, adiós, muy buenas. Lo mandas de regreso a su sarcófago y *san*—se—*acabó* ¿A que es una idea estupenda? —Su cara volvía a estar iluminada por ese brillo de auténtico triunfo.

Alejandra no pudo evitar soltar una carcajada ante tal ocurrencia. Definitivamente, sí que era única, particular y excepcional, esa alocada mujer que tanto quería. Si no fuera así, a esas alturas ya se estaría dando cabezazos contra la pared por sus *ingeniosas* maquinaciones.

—¿Cómo puede este mundo privarse de una consejera tan extraordinaria como tú, Ida? —Acercó su rostro a la mejilla de la esposa de su hermano y le dio un beso lleno de agradecimiento—. No es justo que tan solo yo pueda disfrutar de tus fantásticas e infalibles ideas.

—¿Verdad, cuñis? —Sus ojos chispearon de felicidad. Además de entrar a formar parte de su familia se había convertido también en su amiga. Su única amiga—. Oh, vaya, cuñadita, sabes que jamás te pondría en un aprieto, esto es una táctica inocente.

¿*Táctica inocente?*..., comenzaba a dudarlo, pensó con sorna.

—No necesito toda esta trama para una simple y llana conversación telefónica con el señor Lemacks. Además, solo quiero saber que Celia está bien, y... —¿Por qué a sus veintiséis años era una estúpida, incapaz de romper del todo los lazos que, al menos para ella, aún la unían a su hermana? Tragó saliva—. Solo eso, me conformó con saber que a mi hermana no le ha sucedido nada grave y está bien.

—Solo lo haces en gran parte porque piensas que puedes traer un poco de sosiego y paz a nuestra familia —reso-

lló Idaira, molesta. Llevó una mano al muslo de la joven y se lo apretó, cariñosa—. Ale, no es necesario, todos hemos aceptado hace mucho la realidad.

La realidad era que Celia, su hermana aunque no de sangre, ya que había sido adoptada, los estaba castigando. Y ni siquiera sabían por qué.

Si de algo era culpable su familia, era de darle un hogar real, donde jamás podría afirmar que vio desigualdad con el resto de hermanos. Si de verdad no quería saber absolutamente nada más de todos ellos, que al menos tuviera el valor de decírselo de frente y no los mortificara con ese silencio que duraba meses, sin tener pistas de su paradero. O al menos esto había sido así hasta que hacía unas semanas, una de las amigas de Celia le había facilitado, aunque a desgana, el nombre de la empresa en la que se suponía trabajaba en Londres.

Pero había llegado demasiado tarde.

Su hermana ya no tenía ese empleo, y lo peor de todo era que nadie en ese lugar sabía o no quería darle ningún tipo de respuesta.

Clavó una mirada suplicante en Idaira.

—Unos días más, solo unos pocos días más. Y si no obtengo nada, lo dejaré y no persistiré más.

Una vez dicho esto se puso en pie, sacudiéndose de sus pantalones holgados cualquier resto de tierra, y se encaminó hacia el interior del hogar familiar. Su casa.

—¡De acuerdo, tu ganas, cuñís! —Cedió Idaira, con una mueca de pesar—. ¿Sabes lo que pienso, San Alejandra? —Observó a la aludida negar con la cabeza, sin detener su paso—. ¡Pienso, que este año en la Semana Santa le aconsejaré al párroco del pueblo que te saque a ti en procesión en lugar de la imagen sagrada! ¡Tal vez unas velitas y unos cuantos *Padre Nuestro* te alumbren el camino; ¡De momento, lo de virgen ya lo tienes! —gritó mucho más fuerte para que alcanzara a oírla.

Alejandra se giró sobre sus pasos y echó una mirada de recriminación a su cuñada. Intentó que fuera de lo más convincente, pero no ayudaba en absoluto, estar luchando consigo misma para no ahogarse en una carcajada.

—¡Idaira! —la amonestó—. ¿Necesitas un altavoz, quizás?

—¡Está bien! ¡Cierro la boca, pero... —Puso las manos en alto, en señal de rendición—. ¡Al menos no he sugerido que te lances a sus brazos! ¡Creo que el magnate me lo agradecería! ¡No tendrás pinta de mujer fatal pero eres mona, y además, tienes esa imagen de niñita cándida y buena que invita a que muchos bastardos lascivos fantaseen con corromperte! —Le lanzó una risita llena de picardía.

Colocando los brazos en jarra, Ale alzó una ceja incitándola a que continuara. Dios no quisiera que se le quedara algo por dentro y le diera una convulsión.

—¡A por el *Tutankamón* inglés, cuñis! —vociferó—. ¡Demuéstrale de qué masa estamos hechas las españolitas!

La venta ambulante, sin lugar a dudas, debía estarse perdiendo tremendo potencial, lamentó Alejandra, resolplando. Así era Idaira, sencillamente peculiar.

Le brindó una sonrisa suave, llena de reconocimiento, y retomó su camino.

Con un poco de suerte, hoy podría sonreírle el destino, y por fin pondría voz al señor Lemacks.

## CAPÍTULO 02

Sombrío. El cielo de nubes oscuras amenazaba tormenta y el aire se había encapotado, convirtiendo Londres en una representación perfecta de su estado de ánimo.

Valen Lemacks proyectaba una fría fachada, una apariencia que lo había convertido no solo en una leyenda en el mundo de los negocios, sino también en todo un prodigio de asombrosa inteligencia.

De pie, junto a los enormes ventanales que cubrían gran parte de una de las paredes de ese colosal despacho, observaba, abstraído, el exterior del altísimo edificio que conformaba la sede principal de sus múltiples empresas. Impecablemente vestido con un traje gris marengo hecho a medida, una camisa igualmente gris pero un tono más pálido, una corbata en tono pizarra y unos elegantes zapatos italianos, era todo un dechado de impactante masculinidad.

A sus espaldas, oía el eco de la soporífera reunión que trascurría en su oficina. Con las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones, su actitud indicaba que en algunas ocasiones podía llegar a ser un hombre de mucha paciencia. Pero no demasiada.

Centró de nuevo toda su atención en lo que ocurría en su despacho. Dándose la vuelta, dirigió su mirada azul grisácea, tan dura como el metal, a los allí presentes.

—Creo que podréis solucionar todos esos ridículos contratiempos sin mi ayuda, ¿cierto? —Tronó, como si hubiesen rebasado su límite—. Ahora, y si no tenéis nada más inteligente que aportar, tengo cosas más primordiales de las que ocuparme.

Y no mentía.